

LA ADAPTACIÓN DE LA FAMILIA AL NIÑO<sup>1</sup> (1928a).

## Sándor Ferenczi

El título que he dado a esta conferencia puede parecer poco habitual, pues generalmente nos ocupamos sólo de la adaptación del niño a la familia, y *no de la de ésta al niño*. Pero nuestras investigaciones psicoanalíticas nos han demostrado que los primeros pasos hacia la adaptación deben darse por nuestra parte, y nosotros lo hacemos sin duda cuando comprendemos al niño. Se reprocha a menudo al psicoanálisis de ocuparse en exceso del material primitivo y patológico; es cierto, pero el estudio de los anormales nos ayuda a adquirir conocimientos que podemos aplicar provechosamente a las gentes normales. No hubiéramos progresado tanto en el conocimiento de la fisiología del cerebro sin estudiar los procesos seguidos por las perturbaciones funcionales. Estudiando a los neuróticos y a los psicóticos, el psicoanálisis muestra cómo se disimulan bajo apariencias normales diferentes zonas, estratos, o modos de funcionamiento. Observando a los primitivos y a los niños hallamos rasgos que se han vuelto invisibles en los sujetos de una civilización más evolucionada. Debemos reconocer que los niños nos han permitido arrojar luz sobre la psicología, y la manera más consecuente de pagar esta deuda (tanto en su interés como en el nuestro), consiste en esforzarnos para comprenderlos mejor a través de nuestros estudios psicoanalíticos.

Debo admitir que aún no estamos en situación de valorar exactamente el alcance educativo del psicoanálisis, así como tampoco de dar directrices prácticas sobre la educación, pues el psicoanálisis, que únicamente da consejos con gran prudencia, se ocupa muy a menudo de fenómenos que la Pedagogía no ha tratado nunca o ha abordado de forma errónea. Podemos decir mejor la forma en que no debe educarse a los niños que la forma en que debe hacerse. Ésta es una cuestión mucho más complicada, pero esperamos que un día recibirá una respuesta satisfactoria. Por ello mis palabras deben quedar a un nivel más general de lo que yo hubiera deseado. La adaptación de la familia al niño sólo puede iniciarse si los padres comienzan a *comprenderse mejor* y llegan de este modo a adquirir cierta representación de la vida psíquica de los adultos. Hasta ahora parecía seguro que los padres sabían por naturaleza educar a sus hijos; sin embargo hay un proverbio alemán que dice lo contrario: “*llegar a ser padre es más fácil que serlo*”.<sup>2</sup> El primer error de los padres consiste en olvidar su propia infancia. Incluso en el hombre más normal podemos hallar un olvido sorprendente de sus cinco primeros años, y en los casos patológicos esta amnesia va mucho más lejos. Y sin embargo se trata de los años durante los cuales el niño adquiere efectivamente la mayor parte de las facultades mentales del adulto. A pesar de todo, se olvidan estas circunstancias. Esta falta de comprensión de su propia infancia es el principal obstáculo que impide a los padres comprender las cuestiones esenciales de la educación.

Antes de referirme al tema propiamente dicho, la educación, permítanme algunas precisiones sobre la *adaptación* y su papel en la vida psíquica en general. La palabra “adaptación” es un término biológico, y esto nos obliga a referirnos a ciertas cuestiones preliminares de este orden. Esta noción posee tres sentidos diferentes: el de Darwin, el de Lamarck y un tercero al que podríamos calificar de psicológico. El primero concibe la selección natural como una explicación estadística de la adaptación, y lleva, desde este punto de vista, al problema general de la conservación de la especie; por ejemplo la jirafa, que ha aparecido en este

1.- Conferencia pronunciada en Londres el 13 de junio de 1927, en la sesión común de las secciones de medicina y de pedagogía de la Sociedad Británica de Psicología.

2.- Vater werden ist leichter denn Vater sein.

mundo por azar con un cuello muy largo, puede conseguir un alimento al que no alcanzan animales más pequeños, por lo que tiene más probabilidad de conservar la vida y de perpetuar la especie. Este factor actúa prácticamente en todos los seres vivos. En la perspectiva de Lamarck, el individuo se fortifica mediante el ejercicio de una función determinada, y esta capacidad desarrollada se transmite a sus descendientes. Tal sería “la explicación fisiológica” de la adaptación. Pero existe todavía una tercera forma de adaptarse al medio; la podríamos calificar de psicológica. No es inverosímil que una modificación en la repartición de la energía psíquica y nerviosa pueda provocar la formación o la degeneración de un órgano. Aludo a ello porque en América parece estar de moda el negar la existencia de la psicología como ciencia; cada palabra que empieza por “psi”, lleva el estigma de la no-cientificidad, lo que comporta de por sí un elemento místico. El doctor Watson me pidió un día que le explicara con precisión en qué consistía el psicoanálisis. Tuve que reconocer que era menos científico que el behaviorismo en el caso de que la científicidad fuera exclusivamente un asunto de pesos y medidas. La fisiología exige que todo cambio sea mensurable con un instrumento. Pero el psicoanálisis no puede tratar de esta forma las emociones;<sup>3</sup> es cierto que se han hecho algunas tímidas tentativas para alcanzar este objetivo, pero hasta ahora han resultado totalmente insatisfactorias. Sin embargo, cuando una aplicación falla, pueden intentarse otras; precisamente Freud ha propuesto una. Ha descubierto que, mediante el reagrupamiento científico de los resultados de la introspección, podemos llegar a una nueva comprensión de forma tan segura como mediante la explotación de los resultados precisos de la percepción externa realizada por la observación y la experimentación. Es cierto que no pueden medirse estos datos de introspección, pero no dejan de ser datos, y como tales tenemos derecho a explotarlos y a buscar salidas tratando de hallar algo nuevo. Freud, considerando el material de introspección desde un nuevo punto de vista, ha propuesto un sistema psíquico. Contiene por supuesto hipótesis, pero también pueden hallarse en las ciencias naturales. La noción de inconscientes desempeña un gran papel entre estas hipótesis y gracias a ella llegamos a muchas más conclusiones que las que alcanzaríamos mediante el desarrollo de las hipótesis de la fisiología y de la anatomía del cerebro. Cuando los progresos de la química y de la microscopia hagan superfluas las hipótesis de Freud, estaremos dispuestos a abandonar nuestra pretensión de científicidad, pero no antes. El doctor Watson cree comprender al niño sin ayuda de la psicología y cree que los movimientos reflejos son una explicación suficiente del comportamiento del individuo. Debo responderle que el esquema fisiológico sirve como mucho para entender el comportamiento de los ratones y de los conejos, pero no de los seres humanos. Por otra parte utiliza continuamente la psicología incluso para los animales, sin reconocerlo; es un psicoanalista que se ignora.<sup>4</sup> Por ejemplo, cuando habla del reflejo de miedo en el ratón, se está sirviendo de la expresión psicológica de “miedo”. Emplea la palabra de modo pertinente, pero sólo por introspección sabe qué es el miedo; de otro modo no tendría noción de lo que significa la huida para el ratón. Esto nos hace volver a la cuestión de la *adaptación*. Las ideas precedentes intentaban tan sólo resaltar el fundamento del punto de vista psicológico en lo relativo al problema de la adaptación. Debemos al psicoanálisis la ordenación de una serie de hechos olvidados hasta ahora por las ciencias naturales. *Nos muestra el papel activo de los factores internos que sólo la introspección permite descubrir.*

Ahora voy a tratar de los problemas *prácticos* vinculados a la adaptación de los padres a los niños. La naturaleza es muy despreocupada y atiende poco al individuo, pero nosotros, los hombres, pensamos de forma diferente y quisiéramos conservar la vida de todos los retoños ahorrándoles sufrimientos inútiles. Atendamos a los estadios de desarrollo, durante los que el niño debe afrontar dificultades, y tendremos bastante. Freud nos ha enseñado que los síntomas de angustia están relacionados con las modificaciones fisiológicas particulares que supone el tránsito del vientre de la madre al mundo exterior. Uno de sus antiguos alumnos,<sup>5</sup> ha tomado recientemente esta idea como punto de partida de una teoría en la cual, apartándose de las ideas psicoanalíticas, trata simplemente de explicar todas las neurosis y la psicosis a través de este primer gran trauma, al que llama traumatismo del nacimiento. Yo mismo me he ocupado de esta cuestión

---

3.- Gemütsbewegungen: movimientos del alma.

4.- Ein unbewusster psychoanalytiker: un psicoanálisis inconsciente.

5.- Otto Rank.

de forma profunda pero cuanto más a fondo llevaba mis observaciones más claro tenía que no había ningún cambio ni evolución en la vida para la que el individuo no estuviera tan bien preparado como para el nacimiento. La previsión fisiológica y el instinto materno hacen este tránsito todo lo dulce que es posible. Sería efectivamente un traumatismo si los pulmones y el corazón no estuvieran bien formados; pero en condiciones normales el nacimiento es un verdadero *triumfo*, un ejemplo para toda la vida.

Veamos los hechos al detalle: la amenazadora sofocación se acaba de inmediato porque los pulmones están dispuestos y comienzan a funcionar en cuanto cesa la circulación umbilical; el ventrículo izquierdo, hasta entonces inactivo, entra en función enérgicamente. A esta ayuda fisiológica debe añadirse el instinto de los padres que les induce a rodear al recién nacido de un entorno agradable; el niño es recostado al calor y protegido de excitaciones ópticas y acústicas perjudiciales, que casi le hacen olvidar lo que ha ocurrido, como si de nada se tratara. Es dudoso que un trastorno tan rápido y tan radicalmente eliminado pueda alcanzar la categoría de “traumatismo”. Otros traumatismos reales tienen efectos más difíciles de eliminar: no son de tipo psicológico, pero conciernen a la entrada del niño en la sociedad de sus semejantes, y a este respecto el instinto de los padres suele fallar a menudo. Debo hablar del traumatismo del destete, de la limpieza, de la supresión de los “malos hábitos” y por último del más importante de todos: del paso del niño a la vida adulta. Éstos son los traumatismos más graves de la infancia y hasta ahora ni los padres en particular ni la civilización en general han sido lo suficientemente previsores.

El destete ha constituido siempre una preocupación importante para la medicina. Es el paso de un modo primitivo de nutrición a una masticación activa; representa no sólo un cambio de orden fisiológico sino también un cambio psicológico importante. Un destete desafortunado puede influenciar desfavorablemente la relación del niño con los objetos y su forma de obtener placer, lo que podría ensombrecer gran parte de su vida. Ciertamente no conocemos mucho la psicología del niño, pero estamos adquiriendo algunas ideas sobre la profunda impresión que puede causar el destete. En uno de los estadios precoces del desarrollo embrionario, un simple pinchazo o una ligera herida pueden impedir la formación de toda una parte del cuerpo. Otro ejemplo: en una habitación donde hay una sola bujía, una mano cerca de la fuente luminosa puede ensombrecer la mitad de la pieza. Lo mismo ocurre en el niño si, al comienzo de la vida, se le hace sufrir un daño mínimo que pueda arrojar sombra sobre toda su vida. Es importante darse cuenta hasta qué punto son sensibles los niños; pero los padres no lo creen; no quieren admitir la extrema sensibilidad de sus pequeños y se conducen en su presencia como si los niños no sintieran nada ante las escenas excitantes a las que asisten. Si el niño observa relaciones sexuales entre sus padres en su primer o segundo año, en un momento en el que puede estar ya excitado sin disponer de un soporte intelectual para esta excitación, puede suponerle una neurosis infantil que amenaza con debilitar definitivamente su vida afectiva. Las fobias infantiles y las manifestaciones histéricas de angustia son frecuentes en los primeros años del desarrollo.

Suelen desaparecer sin perturbar el curso ulterior de la vida, pero a menudo dejan profundo rastro en la vida psíquica y en el carácter del niño.

El aprendizaje de la *limpieza* es una de las fases más difíciles del desarrollo del niño. Puede llegar a ser muy peligrosa, pero no siempre. De hecho hay niños tan robustos que soportan de sus padres las medidas más insensatas; pero son excepciones y a menudo nos indican que, aunque superan bien esta absurda educación, dejan escapar una parte de la dicha que la vida podría aportarles. Ello deberá incitar a los padres y educadores a prestar mucha más atención a las reacciones del niño para saber avaluar de este modo sus dificultades. Observaciones relativas a la evolución afectiva del niño, durante la fase de adaptación al código de limpieza del adulto, han permitido a Freud realizar un descubrimiento importante: el carácter del niño se forma, en gran parte, durante este proceso. En otras palabras, la forma en que el individuo adapta sus necesidades primitivas a las exigencias de la civilización durante los cinco primeros años de su vida, determinará también la manera en que enfrentará durante su vida todas las dificultades que aparezcan. El “carácter” es para el psicoanálisis la mecanización de un cierto modo de reacción bastante semejante al síntoma obsesivo. Esperamos que un individuo sepa adaptarse a una situación dada hasta en sus menores detalles, pero piénsese qué poco compatible es esto con lo que el carácter hace del hombre. Si se conoce el “carácter” de un hombre, se le puede inducir a realizar una acción determinada, puesto que funciona como

una maquina. Basta con pronunciar una determinada palabra ante él y con toda seguridad mueve la cabeza; da una respuesta automática a esta palabra escogida con precisión, porque así “está en su carácter”.

Siendo yo estudiante, se daba mucha importancia en el ambiente médico a los caracteres hereditarios; los médicos creían que éramos solamente el producto de nuestra constitución. Charcot, uno de los mejores profesores de medicina de París, daba conferencias enteras sobre el tema. Y quisiera contar a este respecto una anécdota aclaratoria. Cierta día acudió una madre a una de sus “lecciones de los martes” para hablarles de su hijo neurótico. Como siempre, hizo preguntas sobre el abuelo del niño, sobre sus enfermedades, sobre la causa de su muerte, luego sobre su abuela, luego sobre otro abuelo, y otra abuela y todos los restantes parientes. La madre trató de interrumpirle para contarle algo que le había ocurrido al niño una semana o un año antes. Charcot se enfadó y no quiso oír nada. Se empeñaba sólo en investigar los rasgos hereditarios. Nosotros los psicoanalistas no negamos en absoluto su importancia, sino que por el contrario los consideramos factores importantes en la etiología de la neurosis y la psicosis, pero no los únicos. Puede existir una predisposición desde el nacimiento, pero sin duda alguna su influencia puede ser modificada por las experiencias vividas tras el nacimiento o durante la educación. Hay que tener en cuenta tanto la herencia como las causas individuales. Por ejemplo, la limpieza no tiene nada de innato, no se trata de un rasgo hereditario, debe ser aprendida. No diré que los niños sean insensibles a este aprendizaje, pero creo que sin él nunca serían limpios.

La tendencia natural del niño pequeño es amarse a sí mismo, así como a todo lo que considera parte de él; sus excrementos son efectivamente una parte suya, algo intermedio<sup>6</sup> entre sujeto y objeto. Por ello el niño tiene cierto interés por sus excrementos aunque, a decir verdad, también hay adultos que presentan este rasgo. He analizado a veces a personas consideradas normales y no he hallado en este punto diferencias apreciables entre ellos y los neuróticos, como no sea que estos últimos tienen un mayor interés inconsciente por la suciedad. Y, lo mismo que según Freud la histeria es lo negativo de la perversión, la limpieza del hombre normal está fundada en su interés por las deyecciones. No tenemos por qué preocuparnos demasiado, pues son precisamente estas tendencias primitivas las que nos proporcionan la energía necesaria para las grandes realizaciones de la civilización. Por el contrario, si ignoramos esto y nos encolerizamos frente al niño lleno de dificultades, encauzaremos sus energías por una vía falsa, provocando así el rechazo. La reacción será diferente según la constitución del individuo; uno se volverá neurótico, otro psicótico y un tercero criminal. Pero si sabemos a qué atenemos al respecto y tratamos a los niños con prudencia, dejándolos actuar hasta cierto punto según sus impulsos, ofreciéndoles además la posibilidad de sublimarlos, el camino será entonces para ellos mucho más dulce y aprenderán a orientar sus necesidades primitivas por el camino de la utilidad. Pero los educadores tratan mucho más a menudo de estirpar estas necesidades primitivas, aunque sean fuente de energía importante, como si se tratara de algo malo.

En la adaptación de la familia al niño, lo que aparece como traumático se produce en el tránsito de la primera infancia primitiva a la civilización; y no se trata sólo de la limpieza, sino que debe añadirse la *sexualidad*. A menudo se oye decir que Freud lo centra todo en la sexualidad, y esto no es exacto. Habla de un *conflicto* entre las tendencias egoístas y las tendencias sexuales, considerando a las primeras como las más fuertes. De hecho los psicoanalistas consagran la mayor parte de su tiempo al análisis de los factores de rechazo en el individuo examinado.

La sexualidad no comienza con la pubertad sino con los “*malos hábitos*” de los niños. Estos “malos hábitos”, como se les llama a menudo, son manifestaciones del *autoerotismo*, expresión primitiva del instinto sexual. No hay que asustarse de este término. La palabra *masturbación* provoca generalmente una indignación desmesurada. Cuando se le consulta al médico sobre la actividad autoerótica del niño, debiera aconsejar a los padres que no tomaran esto como una tragedia. Sin embargo, a causa de su propia angustia, los padres deben ser abordados con mucho tacto. Es curioso que lo que escapa a los padres es precisamente lo que resulta natural para los niños; y lo que los niños no captan resulta claro como el día para los padres.

---

6.- Zwischending.

Voy a abandonar provisionalmente esta paradoja para abordar la importante cuestión relativa a la manera en que es preciso tratar al *niño neurótico*. Sólo existe un camino: *descubrir los móviles que están ocultos en su inconsciente pero que no por ello dejan de estar activos*. Ya se han hecho algunas tentativas en este sentido. Mélanie Klein, antigua discípula del doctor Abraham y mía, ha analizado a los niños como si fueran adultos y ha obtenido algunos éxitos. Una segunda tentativa, basada en principios diferentes, más conservadores, ha sido realizada por Anna Freud, la hija del profesor Freud. Ambos métodos son muy diferentes y ya veremos si la difícil cuestión de combinar análisis y educación puede ser aclarada; resulte lo que resulte, los comienzos son prometedores.

Durante mi estancia en América he tenido ocasión de conocer los métodos utilizados en una escuela dirigida por educadores que tenían una formación psicoanalítica, la mayoría de los cuales habían sido analizados: se trata de la Walden-School.

Los educadores tratan de ocuparse de los niños en grupo, pues a falta de tiempo no puede procederse a un análisis individual para cada niño, lo que resultaría mejor. Tratan de educar a los niños de forma que un análisis en regla no resulte absolutamente necesario. Frente a un niño neurótico, lo estudian todo con gran detenimiento, le realizan un análisis individual y consagran a él toda la atención necesaria. Me interesó particularmente la forma en que trataban lo relativo a la educación sexual. En las entrevistas con los padres la escuela insiste en la necesidad de responder con simplicidad y naturalidad a las cuestiones de los niños respecto a la sexualidad. Para ello utilizan el “método botánico”, es decir la analogía con las plantas, para explicar la reproducción de los humanos.

Tengo una objeción contra este método: es demasiado pedagógico y no lo bastante psicológico. Puede ser un buen comienzo, pero no concede la atención suficiente a las necesidades y a las aspiraciones interiores del niño. El muchacho que pregunta sobre el origen de los niños no queda satisfecho con una exacta explicación fisiológica y a menudo reacciona con una incredulidad total a esta explicación dada por sus padres. Aunque la cosa no está muy clara dice: “me dices eso pero yo no me lo creo”. *El niño necesita, de hecho, reconocer el valor erótico (sensual) de los órganos genitales*. Efectivamente, el niño no es un sabio que desee saber de dónde provienen los niños; se interesa en este tema lo mismo que en la astronomía. Lo que desea de forma más intensa, por parte de sus padres y de sus educadores, es saber que el órgano genital tiene una función libidinosa. Mientras los padres no respondan a este deseo, sus explicaciones no satisfarán al niño. Éste se plantea cuestiones como: ¿cuál es la frecuencia de las relaciones sexuales? Y trata de acomodar su respuesta al número de niños que hay en la familia. Luego, posiblemente, se dice: “sin duda es muy difícil fabricar un niño ya que esto dura mucho tiempo”. Sospecha confusamente que el acto sexual se repite más a menudo y que proporciona placer a sus padres. Diríamos que tiene sensaciones eróticas por simpatía, en sus propios órganos genitales, las cuales pueden ser apaciguadas por actividades de otra índole, pero es bastante inteligente para comprender y sentir que el órgano genital tiene una función libidinosa. Se siente culpable de tener sensaciones libidinosas a su edad y piensa: “soy una criatura inmunda por tener sensaciones voluptuosas en mi sexo, mientras que mis padres, a los que venero, sólo utilizan sus órganos para tener hijos”. Mientras no se reconozcan la función erótica o voluptuosa, existirá siempre un abismo entre los padres y los hijos y aquéllos permanecerán para el niño como un ideal inaccesible; esto es lo que quería decir al hablar de paradoja.

Los padres no pueden creer que el niño experimente en su sexo sensaciones análogas a las suyas. En cuanto al niño, se siente reprobado<sup>7</sup> a causa de estas sensaciones y cree que los adultos son puros e inmaculados. No es raro que exista entre marido y mujer un abismo debido a que las muchachas se han mantenido, de forma artificial, en esta etapa infantil; por ello no es de extrañar que los esposos se sientan extraños uno al otro. Debido a esta ceguera que perjudica nuestra comprensión de todo lo que está vinculado a la actividad sexual del niño (el fallo debe atribuirse a nuestra amnesia infantil), esperamos de los niños una confianza ciega y el desprecio de sus propias experiencias físicas y psíquicas.

---

7.- Verworfen.

Una de las mayores dificultades que el niño encuentra surge más adelante, cuando se percibe de que todo su idealismo no corresponde a la realidad; queda decepcionado y ya no cree en ninguna autoridad. No se trata de privar al niño de su fe en la autoridad, de su fe en la verdad de las cosas de las que le hablan sus padres y otros adultos; pero, naturalmente, no se le debe obligar a aceptarlo todo confiadamente. Diciéndolo de otro modo: es una desgracia para el niño resultar muy decepcionado o equivocado. Desde este punto de vista, la Walden-School hace un buen trabajo, pero es sólo un comienzo. Su método, que consiste en actuar sobre la vida psíquica del niño gracias a la comprensión de los padres, resulta a veces muy oportuno y puede incluso mostrarse satisfactorio al comienzo de las dificultades neuróticas.

Recordemos que el profesor Freud hizo el primer análisis infantil de forma análoga (el pequeño Hans). Interrogó al padre del niño sistemáticamente, y las explicaciones fueron dadas a continuación por el padre al niño.

Las dificultades de adaptación, en *el momento en que el niño se independiza de su familia*, están estrechamente vinculadas al desarrollo sexual. Es el momento en el que aparece lo que se llama “el conflicto edipiano”. Si recordamos la forma en que se expresan los niños, tal vez no encontremos allí nada trágico. El niño dice a veces a su padre con espontaneidad: “Cuando mueras, me casaré con mamá”. Nadie se toma esto en serio, pues corresponde a una época anterior al conflicto edipiano, la época en que el niño tiene derecho a hacerlo todo y a pensarlo todo sin ser castigado, en particular porque los padres no observan una base sexual en sus palabras. Pero a partir de cierta edad se toman las cosas más en serio y se les castiga. En tales condiciones el pobre niño reacciona de forma muy particular. Para explicarlo voy a hacer una descripción simple del esquema de la personalidad, según Freud.

El Ello (los impulsos) constituye la parte central de la personalidad, el “Ego” la parte periférica, susceptible de adaptación, parte que, bajo todos los puntos de vista, debe acomodarse a su medio. Si los seres humanos forman parte de este medio, se diferencian básicamente de los restantes objetos, tanto por su importancia como por su rasgo fundamental: todos los objetos, excepto el hombre, tienen cualidades iguales y constantes, de las que uno puede fiarse. La única parte del entorno con la que no puede contarse son los seres humanos, y en primer lugar los padres. Cuando se deja algo en un sitio se lo encuentra en el mismo lugar. Los animales no cambian esencialmente: ellos no mienten; si se les conoce se puede uno fiar de ellos. El hombre es el único ser vivo que miente. Esto es lo que hace tan difícil para el niño la adaptación a esta parte de su entorno. Ni siquiera los padres tan venerados dicen siempre la verdad; mienten deliberadamente, y según ellos, sólo por interés del niño. Pero una vez que el niño ha hecho esta experiencia, se vuelve desconfiado. Ésta es una de las dificultades. La otra reside en la dependencia del niño respecto de su entorno. Las ideas o ideales circundantes también obligan al niño a mentir. Los padres le tienden una especie de trampa. Las primeras opiniones del niño son seguramente las suyas propias: los dulces son buenos, las reprimendas son malas. El niño se encuentra con toda una serie de opiniones diferentes, profundamente ancladas en el espíritu de sus padres: las golosinas son malas, ser educado es bueno. De este modo su vivencia personal, agradable o desagradable, se opone a los dichos de las personas encargadas de su educación, personas a las que ama profundamente a pesar de sus opiniones claramente erróneas, y de las que depende también en el plano físico. Por amor a ellos debe adaptarse a este nuevo y difícil código. Lo consigue de una forma particular que ilustraré con un ejemplo. Uno de mis pacientes se acordaba perfectamente de su infancia. No era un niño despierto. Al mostrarse más bien insoportable, recibía reprimendas todas las semanas, incluso por anticipado.

Mientras le pegaban, pensaba conscientemente: “Qué bien cuando sea padre y pegue a mi hijo”. En su imaginación estaba desarrollando ya en aquel momento su futuro papel de padre. Tal identificación significa un cambio en parte de la personalidad. El Ego se enriquece a partir del mundo entorno, y ésta es una adquisición no hereditaria. También así se vuelve uno consciente. Primero se teme al castigo, y luego se identifica uno con la autoridad que castiga. De este modo el padre y la madre reales pueden perder importancia para el niño, ya que él ha establecido en sí mismo una especie de padre y madre interiores. Así se constituye lo que Freud ha llamado el Super-Ego.

El Super-Ego es pues el resultado de una interacción entre el Ego y una parte del medio circundante. Una

excesiva severidad puede resultar perjudicial para el niño a lo largo de su vida, dotándolo de un Super-Ego demasiado rígido. Creo firmemente que habrá que escribir un libro no sólo sobre la importancia y la utilidad de los ideales para el niño, sino también sobre el perjuicio de exigir ideales excesivos. En América los niños se sienten muy decepcionados cuando oyen contar que Washington no mintió nunca jamás. También yo me sentí muy afectado cuando supe en la escuela que Epaminondas no mentía jamás, ni siquiera en broma. “Nec joco quidem mentiretur”.<sup>8</sup>

Poco más he de añadir. El tema de la coeducación, cuya importancia en América he podido observar, me recuerda la época en que con mi amigo el doctor Jones y algunos otros psicoanalistas, asistía a la primera conferencia de Freud. Encontramos al doctor Stanley Hall, el gran psicólogo americano, que nos dijo bromeando: “Miren esos *chiquillos* y esas *chiquillas* : viven juntos durante semanas, y *desgraciadamente* nunca existe riesgo alguno”. Se trataba ciertamente de algo más que una broma. El rechazo en que se asienta la “buena conducta” de la juventud es inevitable, pero corre el riesgo, si es excesivo, de originar graves dificultades en el futuro. Si se piensa que la educación mixta es necesaria, hay que hallar una forma buena para reunir los sexos, pues el método actual consiste en situarlos juntos, lo que obliga a rechazar mucho de lo que experimentan, con el riesgo de favorecer la formación de neurosis. Y añadiré algo sobre los castigos escolares. Está claro que el psicoanálisis se ha esforzado en suprimir todo tipo de venganza en los castigos, admitiendo que es indispensable a veces aplicarlos.

Mi intención no era la de dictar argumentos definitivos sobre la relación entre psicoanálisis y educación sino tan sólo estimular el interés e incitar al trabajo. Freud llamaba al psicoanálisis una especie de post-educación del individuo, pero las cosas han llegado a tal punto que pronto la educación tendrá que aprender del psicoanálisis en vez de establecer la relación a la inversa. El psicoanálisis enseñara a los pedagogos y a los padres a tratar a sus muchachos de manera que sea superflua toda post-educación.

Participaron en la discusión: doctor Ernest Jones, Mélanie Klein, doctor Menon, Susan Isaacs, M. Money-Kyle, Bárbara Low, doctor David Forsyth.

El doctor Ferenczi respondió de este modo:

En respuesta a la objeción del doctor Jones, lamento que mis palabras hayan podido dar la impresión de que considero método científico sólo al que es capaz de conducir a datos mensurables. No admito la posición de “Pósite, sed non concessio”. Estimo en gran manera las matemáticas, pero estoy convencido de que el mejor método de medida no puede reemplazar a la psicología. Incluso si dispusiéramos de una máquina que proyectara sobre una pantalla los procesos más sutiles del cerebro y registrara con precisión cualquier modificación del pensamiento y del sentimiento, quedaría siempre pendiente la experiencia interna y habría que establecer un lazo entre ambos. El único medio de resolver esta dificultad es reconocer las dos vías de la experiencia física y psíquica.

A Mélanie Klein solo le responderé que la plena libertad de fantasear podría ser un consuelo extraordinario durante toda la vida. Si esto se facilitara a los niños se hallarían más a gusto en el tránsito de la actividad autística a la vida colectiva. Sería necesario naturalmente que los padres reconocieran que también ellos tienen este mismo tipo de fantasmas. Lo cual no exime a los padres de enseñar al niño la diferencia entre fantasía y acción irreversible. El niño tiene el derecho de imaginarse omnipotente. En consecuencia, tratará de obtener ventaja de esta situación y llegará el momento en que será necesario usar la autoridad; el psicoanálisis no impide el ejercicio de la autoridad cuando está justificada.

Recuerdo un incidente con un sobrino al que trataba con toda la dulzura que entiendo conviene a un psicoanalista. Se aprovechó de ello y comenzó a molestarme; al final incluso me pegó. El psicoanálisis no me había enseñado que yo debía dejarme pegar *ad infinitum* . Le cogí entonces en mis brazos y, sujetándolo fuertemente para que no gritara, le dije: “Ahora pégame si puedes”. Intentó hacerlo pero al no conseguirlo se puso a insultarme diciendo que me detestaba. Yo le respondí: “Muy bien, continúa, todo eso puedes pensarlo y decirlo, pero no tienes el derecho a pegarme”. Finalmente reconoció mi superioridad y su derecho

---

8.- Nunca se miente jugando.

a pegarme únicamente de forma imaginativa. Después nos separamos como buenos amigos. Una forma así de dominarse no tiene evidentemente nada que ver con el rechazo, y no es perjudicial.

En cuanto a saber cómo traducir los símbolos a los niños, diré que en general los niños tienen más que enseñarnos en este campo que nosotros a ellos. Los símbolos son la expresión propia de los niños, y no podemos enseñarles cómo deben servirse de ello.

Creo haberles dicho todo por hoy y espero que esta discusión suscite otros trabajos.

**(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo III, cap. I. “ La adaptación de la familia al niño”. Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).**

*Volver a Selecciones Ferenczianas*

**PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE**

**<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>**

**Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).**